

ministerio en que jamas me habia exercitado, y que pedia verdaderamente mas luces de las que yo tenia, y tambien otra educacion, y aun otro nacimiento del que me habia tocado; pero luego me interrumpió, y me tapó la boca, diciéndome con toda resolucion, que absolutamente quería fuese yo el ayo de su hijo adoptivo, á quien destinaba para ocupar los primeros cargos de la Monarquía. Fuéme, pues, preciso echarme á cuestras tan importante como difícil encargo por complacer á S. E., quien en premio de mi condescendencia aumentó mi renta con una pension de mil escudos que me señaló sobre una Encomienda de la Orden de Montesa.

CAPITULO V.

Es reconocido auténticamente el hijo de la Genovesa por hijo del Ministro, baxo el nombre de Don Enrique Felipe de Namuzg; escoge Santillana los maestros y personas de servidumbre para este señor.

Con efecto tardó poco el Conde Duque en reconocer como hijo suyo al de Doña Margarita. Hizose esta adopcion por medio de instrumento público y solemne con noticia del Rey,

y con su Real aprobacion. Don Enrique Felipe de Namuzg (este fue el nombre que se dió á aquel hijo de muchos padres) fue declarado único heredero del Condado de Valdeories, y del Ducado de Nacarlus. El Ministro para que viniese á noticia de todos dió parte de ello á los Embaxadores extrangeros y á la Grandeza, quedando todos altamente sorprendidos. Los ociosos y bufones de Madrid tuvieron asunto para divertirse y reir por largo tiempo, y los poetas satíricos no perdieron tan bella ocasion de desahogar la hiel de su mordacidad.

Pregunté al Conde dónde estaba el señorito que S. E. quería fiar á mi cuidado. En Madrid está, me respondió, á cargo de una tia, de cuya compañía le sacaré luego que tú le tengas ya buscada casa y familia. Esto se hizo en poco tiempo. Alquilé una buena y cómoda vivienda, adornéla con preciosos muebles, busqué pages y criados, escogiendo los que me parecieron mejor entre los pretendientes, y con el auxilio de Caporí en breve completé la servidumbre, echando mano para ocuparla de los sugetos mas acreditados y sobresalientes. Quando todo estaba ya ajustado di parte á S. E., quien hizo venir al equivoco y nuevo bástago del gran tronco de los Namuzges. Presentóse á mis ojos un gran mozo de buena traza. Don Enrique, le dixo el Conde, señalándome á mí con el dedo, este caballero que aquí ves es el sugeto que yo mismo he escogido para

ra que te gobierne y guie en la carrera del mundo. Tengo puesta en él toda mi confianza, y le he dado un poder y una autoridad absoluta sobre tí. Sí, Santillana (añadió volviéndose á mí) á tu cuidado enteramente le abandono, muy seguro de que me darás buena cuenta de él. A estas palabras añadió otras el Conde, encargando al caballerito me obedeciese en todo y no saliese un punto de lo que yo le insinuase, y con esto nos despidió mandándome que conduxese á Enrique á su nueva casa.

Luego que estuvimos en ella hice que se le presentasen todos los criados explicándole el oficio que tenía cada uno. Mantúvose despejado y sereno sin dar la mas mínima señal de que le hiciese novedad el verse de repente en aquella no esperada condicion, antes bien admitía con tanta naturalidad todas las demostraciones de atencion y de respeto que se le tributaban, como si hubiera sido por nacimiento aquello que representaba por capricho y por casualidad. No le faltaba talento, pero era ignorante en sumo grado. Apenas sabía leer ni escribir. Púsele un preceptor que le enseñase los primeros elementos de la lengua latina, díle maestros de geografia, de historia y de esgrima. Ya se dexa discurrir que no me olvidaria de un maestro de bayle, pero habia á la sazón tantos y tan famosos en Madrid, que solamente me embaracé en la elección, no sabiendo á qual dar la preferencia.

Ha-

Hallábame en esta indecision quando ví entrar en el portal de casa un hombre ricamente vestido. Poco despues llegó un page á decirme que deseaba verme aquel personage; hícele entrar, y preguntándole en qué le podria yo servir? Señor de Santillana, me respondió, he sabido que V. S. anda buscando maestro de danzar para el Señor Don Enrique, y vengo á ofrecerse á la disposicion de V. S.; concluyendo esta breve arenga con muchas compasadas reverencias que mostraban bien su profesion. Yo, señor, añadió, me llamo Martin Ligeró, y gracias á Dios soy conocido en Madrid. No acostumbro andar á caza de discípulos, que esto es bueno para los maestrillos principiantes, ó para los que apenas saben danzar la pabana. Comunmente espero á ser buscado, pero enseñando como enseñé al señor Duque de Medianadionis, al Señor Don Luis de Roa, y á algunos otros Caballeros de la casa de Numuzg, de la qual me precio ser como criado y servidor nato, me pareció de mi obligacion anticiparme á ofrecerse á V. S. Por lo que Vmd. me dice, repuse yo, veo ser el hombre que habiamos menester. ¿Y cuánto es, le pregunté, lo que Vmd. lleva por mes? Quatro doblones de oro, me respondió, y no doy mas de dos lecciones por semana. ¿Quatro doblones! repliqué yo. Parece precio muy excesivo. ¿Precio excesivo le parece á V. S. el de quatro doblones al mes por un maestro de danzar! repliqué

có él en tono de admirado ; y quizá quizá dará un doblon á un pobre inútil maestro de filosofía.

No me fue posible contener la risa á vista de una réplica tan necia y disparatada , preguntando al señor Ligeró , ¿ si en Dios y en su conciencia creía que era mucho menos necesario un maestro de filosofía que un maestro de danzar ? Y como que lo creo , me respondió intrépidamente. Nosotros somos cien veces mas útiles á la sociedad que esos señores míos. Y si no dígame V. S. ¿ qué cosa son los hombres antes de pasar por nuestras manos ? ¿ Son mas que unas estatuas mal labradas , ó unas informes masas de carne como los osos recién nacidos antes que sus madres los laman y los pulan dándoles la figura que les corresponde ? Nosotros poco á poco los vamos desbastando , dándoles insensiblemente aquella forma que han de tener con aquellos ayrosos y compasados movimientos que está pidiendo la misma racionalidad. En una palabra , nosotros los enseñamos á moverse con gracia , comunicándoles ciertas posturas y movimientos llenos de nobleza y gravedad.

Rendíme á las razones de aquel gran maestro de danzar , y le recibí para que enseñase á Don Enrique cómo se habia de mover , y como habia de andar , no rebaxando de los quatro doblones de mesada , precio ya fixo é invariable para los grandes maestros de aquel arte importantísimo.

CA-

CAPITULO VI.

Vuelve Scipion de la América ; acomódale Gil Blas en la familia de Don Enrique ; estudios de éste ; con quien le casó el Conde Duque ; hace noble á Gil Blas contra toda su voluntad.

Todavía me faltaba parte de la familia de Don Enrique quando Scipion volvió de México. Preguntéle cómo le habia ido en su viage. Me respondió que bien , puesto que con los tres mil ducados que yo le habia dado , habia comprado , y traído en géneros de aquel pais el importe de nueve mil , que le valdría su venta en España. Hijo mio , le dixé , yo te doy mil enhorabuenas , y pues has comenzado á hacer fortuna , en tu mano está acabarla , repitiendo el año que viene otro viage á América , ó si te acomoda mas un puesto honrado en Madrid , por no exponerte á los trabajos y peligros de tan larga navegacion ; no tienes mas que hablar que yo podré dártelo. Par diez , me respondió el hijo de la Cusulina , en una alternativa como esa no hay lugar á la menor duda. Mas quiero asegurar un bocado de pan al lado de V. S. que

TOMO IV.

NN

amon-

amontonar grandes riquezas privado de su vista, y á costa de tantos riesgos. Así, pues, sírvase V. S. decirme qué ocupacion piensa destinar á este inútil, pero fidelísimo servidor.

Para que se hiciese cargo de todo le conté brevemente la historia de aquel señorito que el Conde habia querido inxerir en el tronco de Namuzg. Díxele como S. E. me habia hecho ayo de Don Enrique, y que desde luego le nombraba á él por primer ayuda de cámara de aquel hijo adoptivo. No podía desear mas Scipion, y así aceptó con el mayor gusto el nuevo empleo, desempeñándole tan bien, que en pocos días se levantó con el amor y la confianza de su nuevo amo.

Estaba yo casi cierto de que los pedagogos que habia elegido para que enseñasen los primeros rudimentos de la gramática al hijo de la Genovesa, perderian todo su trabajo, pareciéndome que en su ya adelantada edad seria indisciplinable; pero en esto por fortuna se engañó mi juicio. Aseguráronme los maestros que estaban muy contentos con él, porque aprendia presto, y retenia bien todo lo que le enseñaban. Pasé inmediatamente á dar esta alegre noticia al Conde Duque, quien la recibió con extraordinario gozo. Santillana (me dixo) no sabes el gusto que me has dado con asegurarme que Don Enrique tiene feliz memoria, y pronta penetracion. Esto me hace reconocer en él mi sangre, y ratificarme en que es hijo mio. No le amaria mas

si fuera hijo de mi esposa. Amigo, tú mismo confesarás que la naturaleza se va descubriendo en él. Guardéme bien de decirle lo que pensaba en este asunto, y respetando su flaqueza le dexé gozar tranquilamente de la persuasion falsa ó verdadera de que él, y no otro era el padre de Don Enrique.

Aunque todos los Namuzges aborrecian de muerte al tal señorito recién hecho, disimulaban por política, y aun algunos de ellos afectaban solicitar su amistad. Visitábanle los Embaxadores y los Grandes, tratándole con el mismo respeto y atención que si fuera verdaderamente hijo del Conde. Lisonjeado infinitamente este Ministro con el incienso que se ofrecia á su idolillo, se dió prisa á llenarle de empleos y dignidades. La primera gracia que pidió al Rey para Don Enrique fue la Cruz de Alcántara con una Encomienda de diez mil escudos. Solicitó poco después la llave de Gentil-hombre, y deseando entroncar con una de las familias mas nobles de España, puso los ojos en Doña Juana Vascelo, hija del Duque de Llastica, y fue tanto su poder que lo logró á pesar del mismo Duque padre de la novia, y de todos sus parientes.

Algunos dias antes que se celebrase el matrimonio me envió á llamar el Conde mi señor, y luego que me vió me puso en la mano unos pergaminos, diciéndome: aquí tienes, Gil Blas, una executoria que he solicitado para tí, y para toda tu familia: ya eres noble. Señor, le res-

pondí, pasmado de lo que acababa de oír, V. E. sabe muy bien que soy hijo de una pobre dueña, y de un miserable escudero; paréceme que agregarme á la nobleza sería en cierta manera profanarla, y entre todas las gracias que el Rey me puede hacer, ninguna es mas superior á mi mérito, ni menos adaptada á mis deseos. Tu baxo nacimiento, replicó el Ministro, es un impedimento muy fácil de superarse: has sido empleado en los negocios de Estado, así durante el Ministerio de mi antecesor como en el mio; ademas (añadió sonriéndose) ; no has hecho al Rey servicios que merecen ser premiados? Santillana, en una palabra, eres acreedor á la honra que quiero hacerte; fuera de eso, el empleo que exerces con mi hijo requiere que seas noble. Este es á la verdad el motivo que he tenido para solicitar tu executoria. Ríndome, Señor, le repliqué, puesto que así lo quiere V. E., y diciendo esto recogí mi executoria, beséla y metíla en el bolsillo.

Eteme aquí ya caballero, decía yo hablando conmigo mismo quando iba por la calle: éteme que ya soy noble sin tener la mas mínima obligacion á mis padres ni á mis abuelos: ya podré hacer me llamen *Don Gil Blas* siempre que me diere la gana, y si alguno la tuviere de reírse de mí, yo le daré con mi executoria en los hocicos; pero leámosla y veamos de qué manera se borra de repente el villanismo. Saqué de la faltriquera la patente del Rey, y ví que decía en suma que

S.

S. M. en reconocimiento del zelo que en mas de una ocasion habia mostrado yo por su Real servicio, y por el bien del Estado, habia tenido por bien gratificarme con la merced de noble, &c. Y me atrevo á decir, aunque parezca alabanza mia, que no sentí ni asomos de soberbia por esta gracia. Antes bien teniendo siempre á la vista mi humilde nacimiento, este honor en vez de engreirme me humillaba mas. En virtud de lo qual determiné encerrar la executoria en un armario viejo en lugar de hacer de ella alarde ni ostentacion.

CAPITULO VII.

Encuentra Gil Blas á Fabricio por casualidad; última conversacion que tuvieron, y aviso importante que le dió Nuñez.

Ya dexo dicho que el poeta Asturiano se olvidaba facilmente de mí. Tampoco mis ocupaciones me permitian buscarle, y así no habia vuelto á verle desde el lance de la famosa disertacion sobre la *Ifigenia de Eurípides*, quando quiso la casualidad que un dia le encontrase en la Puerta del Sol. Vile salir de una imprenta, y díxele prontamente; ¿qué es esto, amigo Nuñez? ¿tratas con impresores? Esto me huele á que quie-

quieres regalar al público con alguna nueva obra. Sin duda debe esperarla, me respondió. Actualmente estoy haciendo imprimir un papelillo que ha de meter mucho ruido entre los literatos. No dudo ya de su mérito, le repliqué, pero me parece que la mayor parte de esos escritos sueltos son vagatelas que hacen poco honor á sus autores. Convengo en eso, me respondió, pues sé muy bien que solamente aquellos ociosos que quieren leer todo quanto se imprime, gustan de divertirse perdiendo tiempo en la lectura de esos papeles volantes. Confieso que este se me escapó, siendo uno de aquellos hijos que suele engendrar la necesidad. Ya sabes que el hambre es la que obliga á los lobos á salir de sus cavernas.

¡Cómo así! repliqué yo admirado. ¡Es posible que me llegue á decir esto el autor del *Conde de Saldaña*! ¡Un hombre que tiene dos mil ducados de renta ha de hablar de esa manera! Vamos poco á poco amigo, me interrumpió Nuñez, ya no soy aquel feliz autor que gozaba una buena pensión, y esa bien pagada. Desordenáronse, y de repente, los negocios del tesorero Don Beltran, disipó el dinero del Rey, embargáronle todos los bienes, y llevó el diablo mi pensión. Mal caso es ese, le dixé, ¿pero no te ha quedado aun alguna esperanza por ese lado? Maldita aquella, me respondió: el señor Gomez del Rivero está tan pobre y tan miserable como su poeta; ahogóse, y se hundió de manera que nunca volverá á verse sobre el agua.

Se-

Segun eso, amigo mio (repuse yo) te veo en un estado que me será preciso solicitar algun empleo que te pueda consolar en la pérdida de tu pensión. Te lo estimo mucho, me respondió, pero no quiero que tomes ese trabajo. Aunque me consiguieras el mayor empleo en las secretarias del Ministro no le aceptaria. Esas fastidiosas, y sérias ocupaciones no se hicieron para quien está criado entre las Musas. A este solamente le convienen diversiones literarias. Finalmente te diré que yo nací para vivir y morir como poeta, y quiero que se cumpla mi destino. Por lo demas, continuó, no creas que nosotros seamos tan infelices como parece. Fuera de vivir con gran libertad é independencia, tenemos asegurada la comida sin cuidados ni fatigas. Se cree comunmente que comemos á lo Demócrito, pero es engaño manifiesto. No se hallará entre nosotros ni siquiera uno (aun entrando los autores de almanakes) que no tenga una buena casa donde ir á comer. Todos los dias se ponen para mí dos cubiertos muy seguros. Uno en la mesa de un Director general de hacienda, á quien dediqué cierta novela; y otro en la de un rico mercader, que rabia por tener siempre ingenios á su mesa. Por fortuna no es el de mejor gusto, ni el mas delicado en la elección, y así facilmente se provee de este género en abundancia y á pedir de boca.

En ese caso, le repliqué, ya no tengo lástima puesto que estás tan contento con tu suer-

suerte. Sin embargo te vuelvo á decir que en Gil Blas tendrás siempre un buen amigo á pesar de tu descuido en cultivar su amistad. Mi bolsillo estará siempre abierto para tí. Sentiré que una vergüenza fuera de tiempo te prive á tí de lo que hubieres menester, y á mí de particular gusto de servirte y aliviarte.

Verdaderamente, exclamó Nuñez, que en estas generosas expresiones conozco á mi Santillana, y te doy millones de gracias por la grande disposicion á favorecerme en que te veo. En prueba de mi reconocimiento á esta fineza quiero darte un importante aviso, y al mismo tiempo un buen consejo. Mientras dura el poder del Conde Duque, y tú te mantienes en su gracia aprovecha bien el tiempo, y no te descuides en asegurarte una sólida y mediana fortuna, porque la de ese Ministro á lo que me han asegurado está mas que un poco titubeante. Preguntéle si esto lo sabia de buen original. Respondióme que lo habia oido á un Caballero de Calatrava, viejo muy machucho y grande huron de secretos reservados, á quien todos oyen como á un oráculo, y lo que dixo ayer en mi presencia fue lo siguiente: „el Conde Duque tiene muchos enemigos, y todos conspiran en derribarle. Cuenta demasiado con el ascendiente que ha logrado sobre el ánimo del Rey; pero el Monarca (á lo que se dice) ha comenzado ya á dar oídos á las quejas que se tienen de él.„ Agradecí á Nuñez el consejo y el

el aviso, pero hice poco caso de uno y otro, persuadido á que la gracia del Duque en el corazon del Rey era absolutamente inmutable, á la manera de aquellas viejas encinas que arraygadas profundamente en la tierra se burlan de los torbellinos, y aun de los mas furiosos y violentos uracanes.

CAPITULO VIII.

Descubre Gil Blas ser cierto el aviso que le dió Fabricio. Hace el Rey un viage á Zaragoza.

Como quiera, la noticia que me dió Fabricio no carecia de fundamento. Fermentaba dentro de Palacio cierta conspiracion para derribar al Conde Duque, á cuya frente se decia estar la misma Reyna. Sin embargo, nada transpiraba al público de las medidas que se tomaban para derribar al Ministro, y se pasó mas de un año sin que se hubiese reconocido la mas mínima disminucion en su privanza y favor.

Pero el alzamiento de Cataluña sostenido de la Francia, y los desgraciados sucesos de la guerra contra los rebeldes, dieron motivo á la murmuracion del pueblo, y á sus quejas contra el Gobierno. Estas fueron ocasion de un Consejo que se tuvo en presencia del Rey, al que quiso S. M. asistiese el Marques de Agran, Embaxador

dor de la Corte de Viena. Propúsose en él, ¿si era mas conveniente que el Monarca se mantuviese en Castilla ó que pasase á Aragon á dexarse ver de su ejército? El Conde Duque, que no tenia gana de que el Rey saliese de Castilla, habló el primero, representó que no juzgaba conveniente que S. M. abandonase el centro de sus Estados, apoyando esta opinion con todas las razones que le sugirió su eloquencia. Siguiéronle en la misma todos los miembros del Consejo, á excepcion del Marques de Agran, que llevado de su zelo por la Casa de Austria, y con la franqueza genial de su Nacion, se opuso abiertamente al dictámen del primer Ministro, y sostuvo lo contrario con razones tan poderosas que convencido el Rey de su fuerza y solidéz, abrazó esta opinion, aunque opuesta al parecer de todo lo restante del Consejo, y señaló el dia para partir al ejército.

Esta fue la primera vez que el Monarca dexó de seguir el parecer de su Privado: novedad que le llenó de amargura, y le dexó altamente mortificado, considerándola como un público y vergonzoso desayre. Al mismo tiempo que se retiraba á su gabinete para roer en plena libertad tan duro hueso, me vió, me llamó, y encerrándose conmigo en su quarto me contó lo que habia pasado en el Consejo, trémulo, agitado, y como un hombre fuera de sí. Recobrado despues algun tanto: sí Santillana (me dixo) sí: el Rey, que mas há de veinte años solo ha-

blaba por mi boca, y solo veía con mis ojos, prefirió al mio el parecer de Agran. ¿Peró cómo? Colmando de elogios á aquel Embaxador, y exáltando sobre todo su amor y su zelo por la Casa de Austria, como si uno ni otro fuese superior al mio. Por todo esto fácilmente se conoce, prosiguió el Ministro, que hay un partido formado contra mí, del qual la Reyna es la cabeza. ¿Y de eso se inquieta V. E.? le repliqué yo. Doce años há que la Reyna está acostumbrada á ver á V. E. dueño de los negocios, y otros tantos que V. E. acostumbró al Rey á no consultar con su esposa el mas mínimo de ellos. Respecto al Marques de Agran pudo muy bien el Rey inclinarse á su parecer por el gran deseo que tiene de ver su ejército y de hacer una campaña. No das en el hito, repuso el Conde, antes bien debieras decir que mis enemigos esperan que hallándose el Rey entre sus tropas estará siempre rodeado de los Grandes que le quisieren seguir, y entre ellos habrá mas de uno mal satisfecho de mí que se atreverá á decir mil males de mi Ministerio. Pero se engañan miserablemente, añadió, porque daré tales providencias que durante el viage se haga el Rey inaccesible á todos los Grandes. Así lo executó efectivamente, pero de un modo que merece referirse por menor.

Llegado el dia señalado para la partida del Rey, despues de haber nombrado á la Reyna por Gobernadora durante su ausencia, se pu-

so en camino para Zaragoza; pero queriendo pasar por Aranjuez halló tan delicioso aquel Sitio que se detuvo tres semanas en él. De Aranjuez le hizo el Ministro ir á Cuenca, donde le tenia dispuestas tales diversiones que permaneció largo tiempo en aquella Ciudad. De allí se transfirió á Molina de Aragon, donde la caza le embelesó por muchos dias. Llegó al cabo á Zaragoza, de donde estaba poco distante el ejército. Al fin el Conde Duque le disuadió de ir á él haciéndole creer que se exponia á peligro de caer en manos de los Franceses, los quales ocupaban todas las llanuras de Monzon, tanto que atemorizado el Rey de un riesgo meramente imaginario, resolvió mantenerse encerrado en su Palacio como pudiera en una prision. Aprovechándose el Ministro de aquel pánico terror, con pretexto de velar sobre la seguridad de su Real Persona, era, por decirlo así, como una centinela de vista, de manera que los Grandes despues de haber hecho excesivos gastos para seguir con la correspondiente decencia al Soberano, no tuvieron el consuelo de lograr ni una sola audiencia de él. Cansado finalmente el Monarca ó de estar mal alojado en Zaragoza, ó de perder el tiempo en ella, ó acaso de verse allí prisionero, se restituyó quanto antes á Madrid, dexando al Marques de los Velez, General del ejército, el cuidado de mantener el honor de las armas Españolas.

CAPITULO IX.

De la rebelion de Portugal, y caida del Conde Duque.

Pocos dias despues comenzó á correr por Madrid una mala nueva. Decíase que los Portugueses aprovechándose del levantamiento de Cataluña, y pareciéndoles ocasion muy oportuna para sacudir el yugo de la dominacion de España, habian aclamado al Duque de Braganza por Rey de Portugal, bien resueltos á mantenerle en el Trono sin miedo de que España lo pudiese estorbar estando ocupada en Alemania, en Italia, en Flandes y en Cataluña. No les era facil hallar coyuntura mas favorable para librarse de la dominacion de sus vecinos.

Lo mas singular fue que quando la Corte y toda la Nacion se hallaban en la mayor consternacion por aquella novedad, el Conde Duque quiso divertir al Rey con sarcasmos, díchicos y agudezas á costa del Duque de Braganza; pero el Rey lejos de prestarse á sus insípidas é importunas graciosidades, se revistió de un ayre serio que enteramente le desconcertó, haciéndole presentir su inminente desgracia. Acabó el Ministro de dar por cierta su caida quando supo poco despues que la Reyna abiertamente se habia declarado contra él, dicién-